Masculinidades pendulares y silenciosas. Un análisis sobre masculinidades juveniles mexicanas*

Masculinities pendulous and noiseless. An analysis of Mexican youth masculinities

Mariana Palumbo

Olivia López Sánchez

Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen

El objetivo de este artículo se basa en describir y analizar las posturas pendulares —de rechazo, adecuación y silencios— que los jóvenes varones mexicanos universitarios poseen respecto: a) a la lucha feminista contra la violencia, b) su accionar concreto frente a dichas situaciones. Centramos nuestro análisis en jóvenes de entre 18 y 24 años, cis heterosexuales que cursan estudios universitarios en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala de la Universidad Nacional Autónoma de México, durante el año 2019. Postulamos que la adecuación y construcción de la masculinidad cis heterosexual juvenil ante las

Abstract

The objective of this article is to describe and analyze the pendulous positions—of rejection, adaptation, and silence— in young Mexican university students, in relation to: a) the feminist struggle against violence, b) their concrete actions in those situations. We focus our analysis on young men, between 18 and 24 years old, cis heterosexual who study at the Faculty of Higher Studies Iztacala of the National University Autonomous of Mexico, during the year 2019. We consider that the adaptation and construction of youthful cis heterosexual masculinity in the face of feminist demands, specifically against

* Esta investigación fue realizada gracias al Programa de Becas Posdoctorales de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México.

demandas feministas, en específico contra la violencia hacia las mujeres, se da de manera ambivalente y pendular. Dentro de los resultados de la investigación se encuentran: el hartazgo como uno de los pilares emocionales en la organización feminista mexicana ante el avance de las violencias, la deslegitimación de la radicalidad de los métodos de protesta del feminismo por parte de los varones y un avance en la toma de conciencia por parte de ellos respecto a las violencias que viven sus vínculos femeninos más cercanos. La metodología del artículo se basa en un abordaje cualitativo: se entrevistaron, durante el segundo semestre del 2019, a 15 estudiantes varones de tres carreras: medicina, psicología y enfermería, se realizaron tres grupos focales y se brindaron dos talleres sobre violencia a los entrevistados.

Palabras claves

Masculinidades, hartazgo, feminismos, estudiantes, Universidad.

violence against women, occurs in an ambivalent and pendular way. Among the most important results of the research, we find: rage as one of the emotional pillars in the Mexican feminist organization in the face of the advance of violence, the delegitimization of the radicality of the protest methods of feminism by men and an advance in their awareness in relation to the violence experienced by their closest female ties. The methodology of the article is based on a qualitative approach: during the second semester of 2019, 15 male students from three careers: medicine, psychology and nursing were interviewed, three focus groups were performed and two workshops on violence were given to the interviewees.

Keywords

Masculinities, rage, feminisms, students, University.

Introducción

"¡Estoy hasta la madre de que nos asesinen, nos violen!
¡Ni una más ni una más, ni una asesinada más!
¡No me cuidan, me violan!"
Testimonios y frases de feministas durante la manifestación
del 16 de agosto de 2019.
Palabras que resumen la manifestación feminista en el noticiero
nocturno de Televisa del 16 de agosto de 2019.

#NoMeCuidanMeViolan es el lema que estuvo presente en las distintas manifestaciones contra la violencia de género y los femincidios,[1] llevadas a cabo por mujeres cis[2] feministas, mayormente jóvenes durante la segunda parte del año 2019, en distintas ciudades mexicanas.[3] Este avance de la politización de los feminismos[4] mexicanos respecto a la violencia contra las mujeres, la heterosexualidad obligatoria, los mandatos de masculinidad y de feminidad ha venido permeando a lo largo del tiempo, con resistencias y aceptaciones, a la masculinidad cis heterosexual.

Postulamos que la adecuación y construcción de la masculinidad cis heterosexual juvenil ante estas demandas feministas, en específico en contra de la violencia hacia las mujeres, se da de manera ambivalente y pendular. Teniendo en cuenta lo anterior este artículo se propone describir

1 En México existe, desde el año 2007, la *Ley general de Acceso de las Mujeres a una vida libre de violencia*. A 13 años de su promulgación, en México las estadísticas de violencia contra las mujeres arrojan, según datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2019), que de 46.5 millones de mujeres de 15 años y más que había en el país, en el 2016, el 66.1% (30.7 millones) enfrentaron violencia de cualquier tipo alguna vez en sus vidas. El 43.9% la sufrió por parte de su esposo o pareja actual o de la última. En relación con los feminicidios se registraron, en 2018, 3,752 defunciones de mujeres por homicidios, el más alto en los últimos 29 años (1990-2018), lo que en promedio significa que fallecieron 10 mujeres diariamente por agresiones intencionales.

2 Cis es una forma de indicar a las personas que no son trans. Es decir, aquéllas que se identifican con el género asignado al nacer. A partir del prefijo cis se nombra a la mayoría dominante y se explicita que las identidades no trans también son construidas.

3 Algunas de las concentraciones y manifestaciones más importantes fueron: el 16 de agosto cuando una joven denunció a cuatro policías por violación; el 25 de noviembre, Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres; el 14 de noviembre cuando estudiantes en Ciudad Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en la Ciudad de México se manifestaron contra el acoso y la violencia. Esta acción fue seguida por distintas preparatorias y Facultades de Estudios Superiores dependientes de la Universidad Nacional Autónoma de México donde se realizaron paros y denunciaron públicamente a docentes y estudiantes por acoso. Asimismo, la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM está tomada desde diciembre de 2019. Por último, el 29 de noviembre en distintas partes del país miles de mujeres de distintas edades llevaron a cabo la performance *Un violador en tu camino* creado por el colectivo feminista chileno *Las Tesis* y que se ha replicado en distintas partes del mundo.

4 Hablamos de feminismos en tanto existen una diversidad de lecturas y perspectivas, a saber, liberal, marxista, socialista, existencialista, psicoanalista, radical, posmoderno, poscolonial, anarquista, del tercer mundo, ecologista. Explica Tong (1989) que son intentos de agrupación de su diversidad teórica y política, de allí que hay quienes prefieran hablar de *feminismos*, en plural, y no de *feminismo* (Tong, 1989).

y analizar las posturas pendulares —de rechazo, adecuación y silencios— en jóvenes mexicanos universitarios en relación con: a) la lucha feminista contra la violencia y b) su accionar concreto frente a dichas situaciones. Centramos nuestro análisis en varones, mayormente, de entre 18 y 24 años,[5] cis heterosexuales[6] que cursan estudios universitarios en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala (FES I) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

La metodología del artículo se basa en un abordaje cualitativo. Para tal fin, por un lado, se entrevistaron, durante el segundo semestre de 2019, a 15 estudiantes varones de tres carreras: medicina, psicología y enfermería.[7] La selección de estas carreras se hizo acorde a la cantidad de denuncias por violencia contra las mujeres que existen en cada una de las seis licenciaturas que se dictan en la FES —medicina, optometría, psicología, enfermería, biología y odontología—. Estos datos se obtuvieron a partir de una entrevista a la abogada receptora de denuncias por violencia de género dentro de la institución. La carrera de psicología fue elegida porque es donde las estudiantes más denuncian escenas de violencia, no necesariamente porque sea donde más se sucedan, sino que es donde el movimiento feminista es más fuerte y hay más politización sobre la temática. Medicina se encuentra en la mitad de cantidad de denuncias y en enfermería, que es una carrera con poca población masculina, no existen denuncias de este tipo.

Se realizaron tres grupos focales de acuerdo con cada carrera y se brindaron dos talleres sobre violencia a los entrevistados. En el taller a estudiantes de psicología se proyectó y debatió la Charla TED del académico norteamericano sobre masculinidades Michael Kimmel (2015), denominada *¿Por qué la igualdad de género es buena para todos, incluso para los hombres*? y en los otros dos casos, una entrevista al psicólogo Luis Bonino sobre micromachismos que le realizó el ayuntamiento de Agüimes en España, en el año 2013.

[5] Durante el trabajo de campo se entrevistaron a tres estudiantes de 26, 29 y 44 años.

[6] Algunos estudiantes tuvieron sexo o prácticas sexuales con otros varones, no obstante cuando se les pregunta por su orientación sexual se autodefinen como heterosexuales o, tal como aparece en algunas entrevistas, indican *me gustan las mujeres*.

[7] Los nombres fueron modificados para mantener el anonimato.

Respecto a los grupos focales se dividieron por carreras y constaron de cinco participantes cada uno. Tuvieron una duración promedio de dos horas y media cada uno. Se realizaron dos actividades lúdicas, la primera, retomada del investigador mexicano Benno de Keijzer,[8] implicó que escriban las historias de sus cicatrices, luego cada uno de los estudiantes las pegaba con posticks en un cuerpo humano que habíamos dibujado en una cartulina. Esto era comentado colectivamente. Al finalizar esta actividad, dábamos paso al *Juego de la Cebolla*, a partir de la cual los estudiantes dibujaban sus capas afectivas, desde cómo se presentan exteriormente ante los demás hasta las que consideran más íntimas. Estas dinámicas estimularon que los jóvenes debatieran entre ellos mismos y que el papel de las coordinadoras quedara en un segundo plano. Finalmente, realizamos algunas preguntas en torno a sus percepciones sobre los feminismos y sus modelos de masculinidades. Los grupos focales tuvieron la finalidad de poner en palabras la multiplicidad de emociones que conforman a las masculinidades, habilitó la circularidad de la palabra y el consejo mutuo entre ellos, tal como ahondaremos en el artículo.

Por otra parte, se realizaron entrevistas a otras personas de la institución: cinco feministas, un militante gay, docentes y personas con cargos jerárquicos. Respecto al movimiento feminista de la FES de Iztacala cabe recalcar que consta de pocas activistas, quienes son principalmente estudiantes de la carrera de psicología. Por último, se observaron de manera sostenida grupos de Facebook de colectivos feministas y de la comunidad estudiantil de la FES.

La FES I es una de las sedes de la Universidad Nacional Autónoma de México, la cual se ubica en Iztacala, municipio de Tlalnepantla de Baz, Estado de México, una localidad de sectores medios bajos cercana a la Ciudad de México. En el campus se dictan sólo seis carreras vinculadas a las ciencias biomédicas: enfermería, médico cirujano, odontología, psicología, optometría y biología y posgrados.

[8] Benno de Keijzer presentó esta metodología en el X Congreso de la Academia Mexicana de Estudios de Género de los Hombres, que tuvo lugar durante septiembre de 2019 en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

En relación con la población entrevistada son mayormente estudiantes de sectores medios y medios bajos que residen en el Estado de México (en localidades cercanas y lejanas) donde hay altos índices de violencia de todo tipo. Sus familias accedieron a la vivienda a través de créditos públicos, principalmente en unidades habitacionales o a partir de la autoconstrucción. La actividad principal de los jóvenes es estudiar, aunque en las tres carreras hay entrevistados que trabajan, trabajaron o realizan trabajos estacionales. En medicina, dada su carga horaria, al momento de la entrevista ninguno trabajaba, a la vez que esta carrera tiene un perfil socioeconómico más alto, tres de los cinco entrevistados vinieron a estudiar de otros estados del país a la UNAM por el prestigio de la institución y sus padres les envían dinero mensualmente para sus gastos. En lo concerniente a la matrícula de esta FES se encuentra fuertemente feminizada (72%), según datos del año 2019. En todas las carreras hay un mayor porcentaje de personas que se autoperciben con el género femenino (FES Iztacala, 2019).

La estructura de este artículo se basa en un primer apartado de resultados donde analizamos, por un lado, el papel del feminismo en la FES de Iztacala y cómo su planteamiento en torno a la emoción del hartazgo por la violencia contra las mujeres comienza a generar una interrogante en los varones, marcado por posturas ambivalentes, aunque mayormente de rechazo. Por otro lado, analizamos cómo actúan los varones frente a situaciones concretas de violencia hacia las mujeres que los rodean, las cuales oscilan desde el silencio —nodal en la construcción de la masculinidad cis heterosexual—, la intervención o culpabilización. En el segundo apartado de discusión exponemos nuestra apuesta teórica para comprender el vínculo entre feminismos y masculinidades.

Resultados

La interpelación feminista, la incomodidad se instala

Estamos hartas es una frase que resuena en los testimonios de las activistas feministas de la FES de Iztacala. El hartazgo de las parejas, compañeras, amigas y hermanas, es decir, de mujeres cis cercanas va apareciendo como

un tema a problematizar entre ellas como con sus pares masculinos. Definimos al hartazgo como una expresión emocional compuesta por afectos como el miedo con el que las mujeres viven, la ira y la frustración que les genera la falta de respuesta por parte de organismos públicos. El hartazgo no es sólo individual, sino que posee una dimensión social, se convierte en un motor que las cohesiona como una comunidad emocional que se escucha, repiensa y acciona políticamente contra la cotidianidad de la violencia (López y López, 2017). La emoción del hartazgo es enunciada no sólo por las mujeres que se identifican como feministas, sino también por quienes no se asumen de ese modo. Si bien existe una multiplicidad de mujeres dentro de la universidad que son críticas sobre los modos de manifestación de las feministas, a la vez que no se identifican con el movimiento, el clima de hartazgo frente al acoso sexual en distintos ámbitos de sociabilidad sobrepasa sus posicionamientos políticos.

El hartazgo de las mujeres actúa como una afectividad que marca un nuevo universo de inteligibilidad y de posicionamiento de los géneros respecto a modos de seducción, acercamiento y trato cotidiano (Moreno y Mingo, 2019). Las mexicanas Adriana García Andrade y Olga Sabido Ramos (2014), desde una lectura de Norbert Elias, analizan las vinculaciones humanas a través de las emociones, mismas que suponen valencias positivas o negativas, desde las cuales se va generando un *nosotros*. En una misma línea, Oliva López (2017) considera que las emociones construyen significados culturales, a la vez que son resignificadas por la cultura. Para López las emociones son experiencias del sentir que tienen lugar en y desde el cuerpo a través de la interacción humana, atravesadas por la dimensión genérica, y son producto de la intersubjetividad.

Las nuevas preguntas que proyectan los feminismos sobre la sociabilidad erótica y afectiva heterosexual no encuentran una respuesta unívoca, sino que están signadas por la incomodidad y la contradicción en los distintos géneros. Respecto a este punto, los entrevistados buscan, en algunos casos, nuevos modos de adecuación ante el hartazgo y el *no es no* que enuncian las mujeres cada vez con mayor claridad. En aquellos varones que hacen caso omiso a la palabra femenina comienza a haber, paulatinamente, un costo en su estatus y prestigio social. Los entrevistados

pueden ser analizados bajo la categoría de masculinidades híbridas, las cuales son una manera de *flexibilizar al patriarcado* (Johnson, 2005). Bridges y Pascoe (2014) indican que el hecho de que los varones reconozcan sus privilegios no conlleva que éstos dejen de existir, sino que a partir de la noción de masculinidades híbridas observan cómo van variando en los varones las justificaciones, las experiencias de privilegio y aparecen nuevas negociaciones respecto a los avances de los feminismos. Dentro de los privilegios de la masculinidad que los varones entrevistados reconocen, a nivel discursivo, se encuentran la desigualdad que existe en el mercado de trabajo respecto a las mujeres, a saber, que obtienen mejores salarios y ocupan con mayor frecuencia puestos jerárquicos. Asimismo, observamos que el derecho a la interrupción legal del embarazo[9] es una temática que, aunque implicó en su momento una férrea disputa política por parte del feminismo, hoy es considerada por los entrevistados como un tema de salud pública totalmente normalizado. Estos jóvenes que se educaron en la Ciudad de México o en sus inmediaciones, todos en escuelas públicas, a la luz de este derecho poseen una visión positiva sobre el mismo.

Como se observa, los entrevistados tienen una posición híbrida ante ciertas demandas feministas, aceptan el aborto como un tema de salud pública y consideran que sus compañeras merecen salarios iguales que ellos —aunque aún no sea un tema que los interpele directamente en tanto que la mayoría no ingresó al mercado de trabajo—. Pero ¿qué sucede cuando el movimiento feminista cuestiona la sociabilidad erótica y afectiva masculina en relación con la violencia? Ellos postulan, mayormente, que sus compañeras que apoyan y son activistas feministas se volvieron *radicales*. Juan es un estudiante que, por un lado, protege a sus compañeras ante posibles situaciones de acoso, tal como veremos en el próximo apartado, a la vez que las cuestiona y rechaza cuando devienen feministas. El joven indica que, en el último año, debido al alza del feminismo perdió amigas.

[9] En México la interrupción legal del embarazo está aprobada en la Ciudad de México desde 2007 y desde 2019 en Oaxaca. La despenalización del aborto en Oaxaca tuvo lugar mientras realizábamos el trabajo de campo y generalmente era desconocido por los entrevistados. Éramos nosotras quienes al momento de las entrevistas se lo comentábamos, a lo cual respondían con sorpresa y aceptación.

> Tuve muchas discusiones con ellas porque tienen opiniones muy radicales. Yo les decía, para mí todos tienen derecho a salir seguros, pero si sales borracha en el *Uber* o te vas con un *güey* que recién acabas de conocer, te estás llenando de factores de riesgo. Es lo mismo que yo vaya a una zona peligrosa de la ciudad con un reloj de oro (Juan, estudiante de medicina, 23 años).

Dentro de las acciones feministas que Juan mira con desconfianza en relación con la veracidad de lo que allí se denuncia, se encuentran los tendederos.[10] Las jóvenes realizan esta intervención en la puerta de la universidad al finalizar cada semestre; allí relatan situaciones de violencia sexual y acoso por parte de compañeros, docentes y no docentes. A partir de nuestras propias observaciones durante el trabajo de campo vemos cómo los tendederos son observados en silencio en mayor medida por los varones, quienes temen aparecer nombrados. Asimismo, los varones que no son señalados buscan los nombres de aquéllos que fueron mencionados. Los denunciados pasan a ser construidos por los otros varones como un *otro*, distinto, violento y abusador. Tal como indica Azpiazu Carballo (2017) en la masculinidad *la violencia son los otros*. El tendedero visualiza situaciones de violencia al poner el nombre y apellido de quien abusó; esto lleva a que los varones que no fueron denunciados creen un otro lejano, monstruoso y distinto a ellos que los distingue y los coloca lejos del lugar de los agresores. Asimismo, en tanto el tendedero refiere principalmente casos de violencias más cruentas o graves, no invita a una reflexión sobre las violencias más cotidianas que los varones practican y que se normalizan en sus relaciones de pareja.

Por otro lado, más allá de los casos de acoso que tienen lugar en la universidad, cuando se indaga en la temática de violencia contra las mujeres los entrevistados proyectan un prototipo del agresor con el cual no se identifican. En primer lugar, para ellos el ejercicio de la violencia tiene lugar en el espacio público, principalmente en el transporte. En segundo

[10] El tendedero es una obra de la mexicana Mónica Mayer, creada en la década de los setentas, que se propone resignificar al tendedero de ropa que es un objeto considerado como femenino, en una herramienta de activismo feminista donde las mujeres puedan relatar sus experiencias sobre violencia. El tendedero ha sido utilizado por diversos colectivos de feministas en distintos países.

lugar, señalan que es generalmente propia de varones que no acceden a la universidad, ya sean de sectores populares o *de pueblo* —considerados como hombres conservadores—. En tercer lugar, la *violencia real*, señalada en distintas entrevistas y grupos focales, es aquélla que implica la corporalidad en un sentido estricto: tocamientos, feminicidios y violencia sexual.

En relación con las violencias que los entrevistados llevan a cabo, aparecen situaciones de celos y control con sus parejas o lo que Luis Bonino (1995) denomina micromachismos, los cuales implican actitudes y estrategias imperceptibles que posibilitan el poder masculino en la cotidianidad en detrimento de las mujeres. Estas prácticas no suelen ser percibidas como violentas por los propios entrevistados y emergen con mayor frecuencia durante los grupos focales que en las entrevistas individuales. En esta instancia, donde prevalece la circularidad de la palabra, cuando uno de los entrevistados dice que nunca fue violento, siempre existe el varón *aliado* —tal como es denominado a modo de burla por las feministas de la universidad— cuestionando dicha afirmación. Las acciones a las que ellos refieren como prácticas violentas propias son aquéllas basadas en estereotipos de género, como por ejemplo presuponer que a las mujeres les gusta cocinar o ser ordenadas por el sólo hecho de ser mujeres o que ellas no tienen fuerza física como para mover una silla. Asimismo, *los aliados* reflexionan sobre los celos y el control como una práctica extendida en sus vínculos de pareja, a partir de la cual restablecen sus idearios románticos basados en la monogamia (Palumbo, 2017). Para los entrevistados sus vínculos de pareja se enmarcan principalmente dentro del rótulo de noviazgo y no se proponen tener relaciones abiertas o poliamorosas.

Los varones reconocen que a diferencia de las mujeres pueden circular por el espacio público sin vivir situaciones de acoso sexual, pero indican que a causa de las "malas feministas" o "feminazis", tal como las nombran, hoy están siendo cuestionados y en una posición de vulnerabilidad. En los grupos focales a estudiantes de medicina y psicología dicen que el feminismo "se fue para el otro lado" y que ahora las mujeres son siempre las jefas y que ellas hacen favoritismo por las mujeres. Alberto (23 años, estudiante de medicina) comenta, desde una posición crítica al

feminismo, "yo me siento oprimido también. El feminismo se pasó de raya y está llevando a que las campañas públicas de salud estén sólo diseñadas para mujeres y no para varones". Si bien en tanto masculinidades híbridas reconocen los feminicidios y repudian discursivamente la violencia, se posicionan ellos también como víctimas de un sistema que, dado el avance, el feminismo atenta simbólicamente contra su masculinidad. Para ellos el feminismo de las jóvenes ha instalado en la sociedad la idea de que la masculinidad es inherentemente perpetradora de violencia, a la vez que niega que en las parejas la violencia de tipo verbal es atributo de ambos miembros.

Los varones dicotomizan entre lo que ellos consideran las buenas y las malas feministas, las feminazis. Pedro, en su testimonio, resume cuáles son las características principales de cada una.

> Las verdaderas feministas que quieren la igualdad con el hombre, en cambio las feminazis no nos quieren. Hay feminazis que, en algunas circunstancias, como en la marcha contra las *supuestas* violaciones de los policías, les pegaban a los hombres o no dejaban pasar los pedidos de comida que iban en sus motos (Pedro, estudiante de enfermería, 18 años).

La deslegitimación del accionar feminista por parte de los entrevistados se enmarca en un contexto más amplio donde, por un lado, los medios de comunicación criminalizan las protestas, a la vez que la propia universidad no se hace eco de educar en temas sobre sexualidades y géneros. El protocolo de intervención, de carácter punitivista, es la herramienta de mayor promoción dentro de la institución al momento de resolver situaciones de violencia. Este instrumento no cala profundamente en la sociabilidad universitaria, más allá del miedo que pueda generar en los varones el hecho de ser expulsados de sus espacios laborales y educativos. Si bien reconocemos al protocolo como un logro dentro de las culturas universitarias en pos de trabajar la violencia, se vuelve una limitante cuando se coloca en éste el foco de acción y se desmerecen otras alternativas de tipo pedagógicas que involucren a toda la comunidad educativa (Palumbo, López y Pagnone, 2020). Debido a las propias limitantes de la herramienta, que tiende a estandarizar a los episodios de violencia, quedan invisibilizadas las complejidades de sus dinámicas. En el testimonio de

Maximiliano (estudiante de psicología, 22 años), quien acompañó a su pareja a denunciar un hecho de acoso sexual que padeció por parte de un docente, aparece la queja y la frustración a causa de la burocratización y obstaculización de las denuncias. Este tipo de situaciones desincentiva que la violencia sea canalizada por vías institucionales, lo cual vuelve a la acción directa —manifestaciones, pintas y roturas en la vía pública— como un medio de manifestación del hartazgo.

Entre la mayor parte de los entrevistados priman argumentos de deslegitimación de las acciones feministas en el espacio público. Consideran, tal como se indicó, que el feminismo es un tema de pocas mujeres radicalizadas. Respecto a cómo se informan sobre la temática, indican que nunca han leído una obra o reflexión de alguna autora feminista, sino que leen notas en los periódicos o a través de redes sociales. Los entrevistados hacen mención a que circulan, a través de *Whatsapp* o *Facebook*, *memes*[11] que se burlan de las mujeres y del feminismo, por ejemplo, relatan algunos donde se señala que el lugar de las mujeres es en la casa u otros donde se proyecta un prototipo de las feministas como seres estéticamente horribles y enojados, por lo cual es mentira que alguien quisiera acosarlas. Esta deslegitimación convive con la tolerancia del activismo feminista dentro de la universidad. Las mujeres feministas realizan, de manera esporádica, reuniones dentro de la universidad y comentan sobre la temática en clase. Según los testimonios de las propias feministas, "no te dicen nada en la cara, después se burlan o atacan por redes sociales" (Teresa, feminista de la FES Iztacala, estudiante de psicología, 25 años). El silencio, tal como veremos en el próximo apartado, se va constituyendo como una respuesta ante el cuestionamiento de su masculinidad así como ante el rechazo que pueda generarles el feminismo.

Los varones que tienen pareja hablan sobre feminismo con ellas. Como indicamos al comienzo del apartado, sus novias tienden a tener una visión positiva sobre las consignas feministas contra el acoso, aunque no se identifican necesariamente con el movimiento y sus medios de lucha. Si bien los jóvenes escuchan las opiniones de sus parejas, lo que prima es

[11] Los memes de internet implican una imagen y texto de tipo humorístico que se difunde a través de internet y redes sociales.

la confrontación respecto a sus puntos de vista. Un actor que deviene la voz autorizada para hablar sobre feminismo, en distintos entrevistados, es la figura del amigo varón que posee, según sus opiniones, una mirada objetiva sobre el tema. Es decir, se reproduce una idea de que la voz autorizada para hablar de un tema que interpela mayormente a las identidades femeninas es la masculina. En el caso de Wilson, estudiante de enfermería de 20 años, comenta que tiene un amigo que lo hizo cambiar su punto de vista respecto a las manifestaciones porque lo ayudó "a entender que las mujeres están desesperadas". Wilson prefiere hablar con su amigo porque "no me gusta hablar del feminismo con mujeres porque son muy cerradas, dicen si eres hombre no puedes hablar de esto".

Pocos varones apoyan y comprenden el hartazgo que viven las mujeres. Sin embargo, hay otros que invitan a ponerse en el lugar de ellas y acompañarlas. Arturo, estudiante de enfermería de 21 años, durante el grupo focal a estudiantes de dicha carrera, en un momento de gran debate entre sus pares contra el feminismo, polemizó con ellos y les dijo "ya no les queda de otra a las mujeres. Los policías son hombres que violan y matan. De eso se quejan las feministas, de la situación que viven. Si no se manifiestan, no les hacen caso". En cada grupo focal hubo un varón aliado que era crítico con sus compañeros por sus posturas anti feministas. En el caso de Arturo su concientización sobre el feminismo es producto de la relación con su novia, quien es una referente feminista dentro de la universidad. No obstante, los varones aliados no se consideran feministas, lo que puede vincularse con el hecho de que el feminismo de la FES pregona la idea de que es un *movimiento por y para mujeres*. Este imaginario, reproducido tanto por los varones como por las mujeres de la institución, le sirve de coartada a aquellos varones que no quieren comprometerse, a la vez que aleja a quienes buscan un mayor entendimiento sobre la temática.

El feminismo en la FES de Iztacala está fuertemente preconizado por el movimiento TERF (Feminismo Radical Trans Excluyente), las feministas entrevistadas se denominan de ese modo o como feministas radicales. Mardones Leiva (2019) explica que el feminismo radical se caracteriza por una fuerte valoración de las mujeres y un marcado rechazo a los hombres vistos esencialmente como victimarios, abusivos y violadores.

Las feministas radicales son también conocidas como separatistas y poseen una visión dicotómica de los sexos, de allí su rechazo a las personas trans y no binaries. Ejemplo de ello es que en la FES de Iztacala por pedido de un grupo de estudiantes trans, la directora decidió habilitar un baño mixto en el centro del campus. Esto es repudiado principalmente por las feministas que consideran que las mujeres trans, "por más que no se consideren varones poseen pene y son potenciales abusadores" (María, estudiante de psicología, activista feminista de la universidad, 24 años). A la vez que genera en las y los estudiantes un descreimiento respecto a la potencialidad política de tener un baño mixto, basado en preceptos moralistas que presuponen que es un espacio donde varones y mujeres tienen relaciones sexuales o el asco que les genera a los hombres ver rastros de higiene menstrual. Asimismo, circula un rumor que no pudo ser constatado de que hay mujeres que fueron arrinconadas por varones dentro del baño.

Entre los silencios, las palabras, la perpetración y la culpabilización

"Nosotros no hablamos del amor, de la tristeza hasta las dos o tres de la mañana [risas del grupo], luego de muchas 'chelas'" (Luis, estudiante de medicina, 21 años). "Si muestro mis emociones, ¿qué van a pensar de mí?" (Leonardo, estudiante de enfermería, 18 años). ¿Existe el derecho a la ternura entre estos jóvenes? El "Juego de la Cebolla", descrito en la Introducción, habilitó entre los estudiantes un espacio seguro para la reflexión y puesta en palabra de sus miedos y frustraciones respecto a sus vínculos eróticos afectivos que no prosperaron, pero también, sobre sus problemas familiares y académicos. Ellos temen no poder cumplir con las proyecciones profesionales que sus familias realizan sobre ellos, especialmente entre los estudiantes de medicina. El silencio y la indiferencia que aparecían en muchas de las entrevistas individuales encontraron en los distintos grupos focales un espacio para escuchar las vivencias de los otros y los animó a contar las suyas.

La observación y el silencio son unas de las estrategias que emplean los varones cuando son partícipes de escenas de violencia y acoso. Los entrevistados indican que suelen presenciar situaciones en las cuales sus

amigos discuten con sus novias, ya sea por celos o porque ellos toman demasiado alcohol. Ante estos hechos los entrevistados optan por no intervenir ni durante la escena ni luego, como por ejemplo hablar con sus amigos sobre lo acontecido. Según sus testimonios, no deben involucrarse en los problemas de pareja. El silencio entre pares abona en una construcción de masculinidad cómplice donde los episodios de violencia de sus amigos son observados por ellos y hasta pueden causarles malestar, pero prefieren no intervenir. Para Connell (2003) existen las masculinidades hegemónicas, subordinadas, cómplices y marginadas. Éstas se relacionan entre sí y varían histórica y contextualmente.

La hegemónica se encuentra en la cúspide y posee el monopolio de la violencia. Dentro de ésta se ubican muy pocos, pero para existir se basa en el apoyo de instituciones y pactos de complicidad con otras masculinidades. La masculinidad cómplice, propia de los entrevistados de sectores medios y medios bajos, caracteriza a aquéllos que, si bien no se adecúan dentro de la hegemonía, participan de los dividendos patriarcales, se benefician de ventajas materiales, de poder y de estatus, por ejemplo, al discriminar a mujeres y varones subordinados (Connell, 2003). En el caso de nuestros entrevistados, si bien no efectúan, en ningún caso, comentarios ofensivos contra personas no heterosexuales, sí aparece el silencio ante la violencia que sus amigos puedan ejercer con sus parejas o ante escenas de violencias psicológica o simbólica que sus padres muestran contra sus madres o hermanas. Esta decisión de acallamiento puede ser pensada desde la noción de péndulo social (Nauhardt, 1997), desarrollada por García Villanueva (2016). Para García Villanueva los jóvenes se encuentran en lugares (Augé 2002), entendidos como espacios de convergencia, cruces y fronteras donde no se espera permanecer, sino sólo transitar. El transitar de los jóvenes que examina García Villanueva se encuentra en un paso en tensión entre dos opuestos del péndulo, la juventud por un lado y la adultez/hombría por el otro. A medida que los jóvenes sociabilizan con adultos en el marco de relaciones desiguales de poder, si bien resisten a estos mandatos, también van aprendiendo qué se espera de ellos para ubicarse de manera plena, en términos de masculinidad hegemónica, en su futuro adulto. De allí que el silencio pueda ser pensado como una

estrategia de observación y de incorporación por parte de estos varones, aun cuando no sean conscientes de cuáles son los modos de ser esperables para ir adquiriendo estatus y poder dentro de la sociedad.

Retomamos de Eleonor Faur (2004) la idea de que la masculinidad se construye a partir de lo que los varones aprenden y practican respecto a lo que deben ser y a lo que no deben parecerse. La reflexión —propia y ajena— sobre esferas que han sido pensadas como privadas (Molina, 1994), vinculadas a la afectividad y a la sexualidad no ocupa un lugar en su masculinidad. Entre estos varones hay un desconocimiento sobre la existencia de colectivos de varones que se reúnen para recuperar los aportes de los feminismos en pos de problematizar al sistema patriarcal y transformar las relaciones de género (Fabbri, 2016).

Un momento de distensión respecto a los silencios sobre sus sentires en torno a la pareja y a los problemas en la familia es cuando toman alcohol. Esta bebida opera como un catalizador de frustraciones y desamores. Es "a las dos, tres de la mañana" como indicaba Luis (21 años), uno de los estudiantes del grupo focal de medicina, cuando se permiten hablar de sus vulnerabilidades. El hecho de tomar juntos hasta embriagarse aparece, según los estudiantes de enfermería, como un hito a partir del cual florecen las relaciones de amistad en tanto que es cuando pueden "mostrarse tal cual", lo cual implica hablar de cuestiones íntimas, *echar desmadre*[12] o compartir risas. En el caso de Saúl (estudiante de psicología, 26 años), a quien no le interesa beber demasiado, su masculinidad heterosexual fue puesta en discusión por sus compañeros de preparatoria, quienes le decían, según sus propias palabras, "eres *puto* o qué, culero, cosas así. Ellos querían embriagase todo el tiempo y yo no quería". Por este hecho, sus compañeros colocaron a Saúl dentro de una masculinidad subordinada (Connell, 2003) la cual comprende a las masculinidades homosexuales, feminizadas, gays o no heterosexuales.

Es en estos varones donde la posibilidad de hablar sobre sus sentires entre pares aparece, en distintos casos, vedada. Tal como explica Cruz Sierra (2006), la vida emocional entre los varones jóvenes, aun cuando son conscientes de su importancia se encuentra reprimida y sobresale la impo-

[12] Expresión coloquial mexicana que indica irse de fiesta y sin desenfreno.

sibilidad de expresar sentimientos. Dentro de los estereotipos de género de la masculinidad se encuentra el hecho de que los varones deben ser inexpresivos e insensibles, bajo el supuesto de la fortaleza (García, Barajas y Hernández, 2016). Esto nos lleva a la pregunta de ¿con quiénes hablan? La familia y sus pares no son actores de interpelación y reflexión sobre estos temas de manera sostenida. Respecto a los espacios terapéuticos, los estudiantes de psicología son quienes más van a terapia a la vez que son quienes durante las entrevistas eran más reflexivos sobre sus vivencias, esto se debe a que por las características de la carrera encuentran en los textos y en las aulas una mayor apertura a hablar sobre sus experiencias personales. Sin embargo, en el resto de los casos debido al desinterés y a que el acceso a la salud mental no es gratuito, ir a terapia suele suceder de manera intermitente o por periodos cortos. Las novias devienen como el espacio de reflexión y de protección de estos jóvenes.

El hecho de que las novias sean las personas con quienes más hablan de sus sentires se relaciona con un modelo que aprenden en el hogar. Los entrevistados indican que sus padres no son afectivos y que cuando hablan con ellos de sus problemas priman los regaños y las desvalorizaciones. Por ejemplo, no existen en sus imaginarios diálogos con sus padres donde se vean contenidos y comprendidos cuando les va mal en la universidad o cuando tienen un desamor. Van aprendiendo en el seno del hogar que entre las masculinidades rige el ocultamiento de las emociones como un modo de vinculación satisfactoria. Distinto es lo que sucede en el caso de sus madres, quienes suelen ser más afectuosas y atentas con ellos. Aunque prefieren no hablar demasiado con ellas entienden que son las mujeres las agentes de consejo y contención y que la masculinidad —más aún con sus mayores— no es un ámbito de escucha.

A partir de las entrevistas a varones, a feministas y autoridades de la FES, se observa que los varones universitarios pueden ser perpetradores de violencia en sus vínculos de parejas —escenas de celos y control—, pero también en espacios de sociabilidad nocturna como son bares, discotecas o fiestas y a través de redes sociales con desconocidas y compañeras. Ante publicaciones con contenido feminista que circulan por los grupos de estudiantes de la FES, los varones, en mayor medida

que las mujeres, responden agresivamente. Desde la teoría de Norbert Elias (1989) podemos postular que existe una creciente diferenciación entre una esfera íntima y otra pública, "un comportamiento secreto y otro público" (Elias, 1989: 281). Esta división tiene como correlato una separación creciente del comportamiento de las personas: en el ámbito público comienzan a aumentar estos sentimientos de represión y de pudor, pero no es necesariamente así en el ámbito privado o de mayor anonimato como son las redes sociales donde los valores de lo público parecieran no tener injerencia de igual modo.

La insistencia masculina de bailar o hablar con mujeres cuando salen de noche, aun cuando ellas digan que no, es una práctica común entre algunos entrevistados. Estas escenas aparecen relatadas con tono jocoso y siempre bajo la idea de "estaba muy *peda*, no me acuerdo de nada". Felipe, estudiante de medicina de 21 años, quien, por un lado, tiene prácticas que distan de la masculinidad hegemónica como acompañar emocionalmente a una amiga durante un aborto y que su mejor amigo sea gay, también acosó a una compañera una noche en una fiesta. Cuando se le consultó si alguna vez fue insistente seduciendo a una mujer comienza respondiendo "yo no la acosé, pero una vez me puse muy ebrio, perdí el conocimiento. Dicen que le bailaba a una compañera, le tiré cerveza a otra y que según acosé a otra". Esa situación se basó en perseguirla por la discoteca mientras que ella le pedía que la dejara tranquila y, ante su negativa, en tocarla. Ante este desenlace las amigas y los amigos de Felipe tuvieron que intervenir para alejarlo. Frente a la escena, él se excusa en el alcohol y en que aún no había podido pedirle disculpas a su compañera "porque no me la topé en la universidad". El acceso al cuerpo de las mujeres y la desresponsabilización sobre sus actos de acoso o violencia —en este caso a partir de decir que estaba alcoholizado y empezar respondiendo "yo no la acosé" ante la pregunta de la entrevistadora— son puntos nodales en la construcción de la masculinidad heterosexual (Díaz, 2016).

Más allá del silencio y la perpetración ante la violencia, existen en la masculinidad intervenciones contra estas prácticas. Una figura que aparece en las entrevistas es la del varón protector, a saber, la del amigo que está atento a que en los bares y discotecas otros varones no molesten

a sus compañeras, la del compañero de clase que cuida a sus amigas del docente que les hace comentarios sexuales, la del novio que acompaña a su novia en el proceso de denuncia ante una situación de acoso y la del varón que cuestiona prácticas de sus pares. Octavio (20 años) estudiante de medicina, hermano mayor de dos hermanas, dice que desde pequeño sus padres le enseñaron a cuidarlas, a estar a atento a cualquier problema que pudieran tener y a defenderlas en caso de que algún varón pudiera hostigarlas. Este precepto también lo lleva a cabo con sus amigas con quienes suele hablar de cómo se sienten y está atento a que ellas estén cómodas cuando salen de noche.

> Me pasó hace poco en un bar que fuimos varios amigos de medicina, mi amiga bailaba y uno se le acercaba. Ella claramente le sacaba la mano, pero él seguía insistiendo. Ella en su cara seguía sonriendo, pero veía su mano, me *sacó de onda*, yo me acerco, me abraza, lo mira a este chavo y le dice: llegó mi amigo. Él se quedó ahí, yo le dije que se vaya a sentar que estaba muy tomado y se fue. Mi amiga me lo agradeció (Octavio, estudiante de medicina, 20 años).

Juan (estudiante de medicina, 23 años), por su parte, comenta que la carrera de medicina es complicada porque los docentes varones suelen ser muy autoritarios. Asimismo, existen muchas escenas de hostigamiento a mujeres que van desde preferir no preguntarles cuestiones difíciles en clase porque consideran que no tienen capacidad para responder, hasta invitarlas a salir o pedirle besos a cambio de subirles la calificación. En un caso, una de sus compañeras estaba angustiada porque un docente le hacía comentarios con contenido sexual, ante esta situación Juan optó por comenzar a sentarse junto con ella y cuando el docente se le acercaba, él la abrazaba o comenzaba a hablarle. Este acto de intervención fue efectivo, su compañera se sintió segura para terminar de cursar, sin embargo, tal como indica Juan, esto tuvo consecuencias negativas para él dado que el docente, en tanto percibió que él había tomado un papel de protector de su amiga, comenzó a ser muy rigurosos cuando corregía sus exámenes.

Octavio y Juan operan como aliados de sus amigas para aminorar escenas de hostigamiento y violencia. En el caso de Octavio luego de la entrevista nos dijo si podía pasarle nuestro contacto a una amiga suya que estaba comenzando a acercarse al feminismo. Asimismo, junto con sus

compañeros de medicina, al finalizar el grupo focal, nos comentaron que ellos reciben en sus prácticas médicas a mujeres que fueron golpeadas o se encuentran lastimadas y no saben qué hacer ante esos eventos. Refiere Octavio: "Nos enseñan a coser y a recetar un analgésico, pero sabemos que por detrás hay violencia y ante eso nadie nos enseña qué hacer".

Dentro de los casos de intervención entre pares contra el acoso se encuentra el testimonio de Julián. Este estudiante de psicología, de 24 años, estuvo en pareja durante un año y medio con una compañera de la universidad en "una relación medio conflictiva" marcada por los celos, separaciones y reconciliaciones. En una de esas crisis, donde él siente que no la protegió —papel que ellos consideran que debe poseer su masculinidad—, su exnovia fue violada en una fiesta. Es común entre los entrevistados que están en pareja que salgan juntos de noche a fiestas y es poco frecuente que tengan salidas separadas. Cuando el abuso sucedió, su postura principal fue de una "lucha interna por no actuar", tal como indica. Si bien quiso saber quién había sido el abusador ante la negativa de su expareja, prefirió optar por guardarse al silencio, aunque sospechaba de dos compañeros de la universidad. Su sociabilidad dentro de la universidad se comenzó a tornar incómoda y la vinculación con sus amigos se volvió insoportable.

> En un principio era tolerante con sus comentarios, me molestaban, pero no decía nada. Eran los clásicos chicos que pasaba una chica y decían ¡qué buena está la chica o su falda está bien corta! Pero luego de lo que sucedió con mi expareja, ver que esas dos personas que yo creía que habían sido hacían su vida normal […]. Fue a raíz de eso que empecé a alejarme de mis amigos, por ejemplo, íbamos a un bar cerca de la FES y miraban a las chicas, llegaban y decían "te reto a que beses a esa chica o que la saques a bailar". Yo les decía que estemos tranquilos que no estábamos para hacer esas cosas. Me decían que no sea exagerado y lo hacían. El hecho de sacar a bailar a alguien no lo sentían como algo que pudiera molestarle a la persona. Fueron muchos choques de decirles mi postura, ahí comenzó mi distanciamiento (Julián, estudiante de psicología, 24 años).

Es la experiencia de abuso sexual que vivió su exnovia la que llevó a Julián a repensar en primera persona sobre la violencia y el acoso contra las mujeres. Él, si bien no intervino directamente con quienes abusaron

de su pareja, sí se propuso invitar a que sus amigos reflexionen sobre sus formas de abordar a las mujeres. Esto llevó a que fuera visto como un exagerado y no se le diera lugar a su opinión. Brigitte Vasallo (2018) explica para su análisis de la monogamia en las parejas y en los grupos, que el nosotros, en este caso de varones cis heterosexuales, posee una mística de la pertenencia a la que hay que adscribirse sin cuestionamientos. El grupo que conforma el nosotros, para Vasallo, es total y totalizante, no habilita fracturas y las diferencias son obviadas, de este modo se igualan y protegen a los sujetos que son parte. La propuesta de reflexión de Julián sobre el acoso, que es parte de la sociabilidad erótica masculina hegemónica, era inhabilitada por su grupo. "Si en algún momento algún elemento de la nación, de la hinchada o del colectivo ponen en duda la maldad de los otros y proponen alguna línea de diálogo puntual, estratégica u ocasional, será inmediatamente desterrado […]" (Vasallo, 2018: 145).

Otro ejemplo de intervención entre pares en pos de visibilizar la violencia y el acoso tuvo lugar en el grupo focal a estudiantes de psicología, un estudiante dijo que le parecía injusto que las mujeres vayan a los "vagones de varones" mientras que tienen dos vagones de mujeres, ante lo cual el resto de sus compañeros le explicó que no existen los vagones exclusivos de varones, sino que son mixtos y que vagones de mujeres fueron creados porque las persiguen, tocan u hostigan en el metro.[13] Ignacio (estudiante de psicología, 23 años) comenta que para hacer sentir más seguras a las mujeres en los buses, que son mayormente mixtos, prefiere ir jugando o escribiendo en el celular para que su mirada no pueda llegar a generar incomodidades.

El cuidado y la afectividad que los feminismos pregonan atraviesan las subjetividades masculinas. Tal como venimos indicando, aparece una mayor concientización sobre la temática de violencia cuando le sucede a sus parejas y amigas. Si bien prevalece el control emocional y no involucrarse en asuntos que consideran "privados", también se involucran emocionalmente y tensionan los preceptos de masculinidad esperados

[13] En el sistema de metro de la Ciudad de México desde el 2000, dada las denuncias por situaciones de acoso experimentadas por mujeres, existen dos vagones en cada línea exclusivos para mujeres y niños de hasta 12 años de edad.

(García, Callejo y López, 2010). En el caso de Maximiliano él acompañó a su novia durante el proceso de denuncia contra un docente que la acosó. Cuando le tomaba un parcial, el docente le preguntaba si podía tomarle una foto de sus piernas. Maximiliano, quien al comienzo tuvo una actitud de acompañamiento, ante las trabas de la universidad para que se vehiculice la demanda comenzó a sentirse, en sus propias palabras, "inhábil porque no podía resolver la situación. Le dije que no venga más en falda como modo de protegerla. Mi intención era buena, pero no la forma" (Maximiliano, estudiante de psicología, 22 años).

Cuando los varones sienten que no pueden ser protectores de sus novias pueden culparlas por lo que les sucedió, tal como sucedió en el caso de Maximiliano, pero también en el caso de Daniel (estudiante de medicina, 24 años). Su novia, luego de una discusión, decidió irse a su casa en transporte público, cerca de las once de la noche. Durante una de las combinaciones de metro un varón quiso abusar sexualmente de ella. Cuando la policía llamó a Daniel, si bien él se acercó a buscarla, le reprochó "si estaba tonta, que cómo iba a hacer eso. Le dije que ella se lo buscó". La idea de protección que encubre la masculinidad de estos varones se encuentra en una tensión entre el cuidado, estar atentos a las necesidades de sus amigas y parejas, y el control de que la norma monógama "de exclusividad y posesión" no se ponga en entredicho, así como tampoco su rol de buenos proveedores de seguridad física y simbólica de sus vínculos femeninos.

Discusión

La relación entre feminismos y masculinidades

Los estudios sobre identidades masculinas[14] surgieron en la academia anglosajona en la década de 1970, años más tarde de la segunda ola del feminismo, y en América Latina a partir de la década de 1980. Estos primeros análisis comenzaron a visualizar que la construcción de las re-

[14] Para más información sobre los debates en torno a la terminología del campo de las masculinidades cotejar Guillermo Núñez (2016).

laciones de género atravesaba tanto a las prácticas y a las subjetividades de las mujeres, así como también la de los varones (Faur, 2004).

La proliferación de investigaciones académicas sobre masculinidades tuvo lugar en la década de 1990 (Aguayo y Nascimento, 2016; Zapata, 2001). El impulso, explica Marta Zapata (2001), se dio debido, entre otras cuestiones, a los grupos de varones que nacen en Estados Unidos y por las consecuencias del VIH en Estados Unidos que condujeron a poner en discusión las prácticas homosexuales entre varones. Estos estudios se nutren, explica Karen Mardones Leiva (2019), de los análisis del poder, la sexualidad, la construcción subjetiva, la violencia,[15] la pornografía, la salud y las políticas de cambio para los varones (Soto, 2014).[16]

El campo de las masculinidades ha convivido con los feminismos en algunas coyunturas en tensión. Por ejemplo, Calvin Thomas (2002) examina en el caso de la academia norteamericana donde ciertos análisis de los *men´s studies*, en tanto se basan en el argumento de que la masculinidad normativa es perjudicial para los propios varones, llevan a justificaciones que ignoran y minimizan la opresión de las mujeres. Por su parte, en este trabajo nos basamos en el análisis de Jokin Azpiazu Carballo (2017), quien expone que gran parte del campo de las masculinidades se explica desde las masculinidades, lo cual lleva a que se ponga el foco principalmente en la experiencia identitaria de ser hombre y se deje de lado la pregunta por la construcción del poder que conforma a la identidad.

[15] Un tema central de indagación dentro de este campo es, y continúa siendo, la violencia masculina. Los abordajes feministas sobre este hecho abonaron a la generación de datos sobre la violencia contra las mujeres y las niñas (Barker, Aguayo y Correa 2013; Bott, Guedes, Goodwin y Adams, 2012; Garda y Huerta, 2007).

[16] Explican García Villanueva, Callejo García y López Segura (2010) que las principales corrientes y movimientos cuyo objeto de estudio o interés son los hombres, pueden enmarcarse en cinco grandes categorías: profeministas, *men's rights*, mitopoeticos, conservadores y de la especificidad. Cada una de estas corrientes se inclinan ya sea al acercamiento y reconocimiento desde una visión igualitaria de búsqueda y bienestar compartido entre hombres y mujeres, o a través del acercamiento y reconocimiento parcial con intercambio utilitario, o desconfiado frente a los avances de las mujeres, o con un acercamiento y reconocimiento con cierto grado de pasividad masculina, o con un total alejamiento y aislamiento o refugio en el mundo masculino o con un rechazo absoluto. Para ampliar este punto cotejar García Villanueva, Callejo García y López Segura (2010).

> Si la identidad es un proceso relacionado con el poder que nos otorga una posición ¿qué está pasando con esa posición? ¿Cómo la estamos utilizando y cómo no? ¿Cuáles son los efectos más allá de los efectos en los propios hombres y nuestras masculinidades? (Azpiazu, 2017: 26).

Para combatir la mirada masculinista el autor propone descentralizar la perspectiva e involucrarse con las teorías feministas y de movimientos, como son los LGBTTIQNB,[17] los derechos de ciudadanía migrante, diversidad funcional, entre otros. Asimismo, García Villanueva, Callejo García y López Segura (2010) proponen que los estudios de masculinidades deben correr el eje de análisis de las masculinidades hegemónicas relacionadas con una visión adultocéntrica de ser hombre y examinar las particularidades de las masculinidades juveniles.

Eleonor Faur (2004) entiende a las masculinidades como construcciones culturales, relacionadas con estructuras sociales e instituciones que no pueden definirse por fuera del contexto en el cual se inscriben, ni de las instituciones que inciden en los modos de habitar el cuerpo, el sentir, el pensar y el actuar el género. La masculinidad, siguiendo a Raewyn Connell (2003), no debe ser examinada como un objeto predefinido, sino como la configuración de una práctica de género que implica al mismo tiempo la adscripción a una posición dentro de las relaciones sociales de género, las prácticas por las que varones y mujeres asumen esa posición, y los efectos de esas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura (Connell, 2003). Para Connell existen, entonces, diversas masculinidades que se ubican de manera diferenciada según la posición de distancia o cercanía que posean respecto a la masculinidad hegemónica: blanca, cis, heterosexual, urbana y de clase alta. En este trabajo nos basamos en esta perspectiva constructivista y situada sobre las masculinidades, a la vez que las analizamos de manera relacional. En este sentido, consideramos que éstas se construyen, aprenden y practican, a partir de negociaciones y afirmaciones respecto a lo que los varones

[17] Esta sigla hace mención a los activismos de lesbianas, gays, bisexuales, trans, travesti, intersex, queer y personas no binarias.

deben ser y a lo que no deberían parecerse (Faur, 2004). Según la perspectiva constructivista social, a diferencia de la esencialista de género, se entiende que los varones aprenden a cómo comportarse, actuar y pensar en relación con otros hombres y mujeres, en función de las intersecciones de variados marcadores de identidad como color de piel, clase, religión, étnica, condición socioeconómica, escolaridad y edad (Castro, García, Acevedo y Gaza, 2018).

Retomamos la apuesta de Connell de no intentar definir a la masculinidad como un objeto, ya sea como un promedio de comportamientos o una norma, sino que centramos la mirada en los procesos y las relaciones a través de las cuales los hombres y las mujeres viven ligadas al género.

> La *masculinidad*, hasta el punto en que el término puede definirse, es un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y mujeres ocupan ese espacio en el género, y los efectos de dichas prácticas sobre la experiencia corporal, personal y cultural (Connell, 2003: 106).

Esto nos permitió una lectura no esencialista del género que comprende que las posiciones de género no están biológicamente establecidas y que las personas, más allá de su género autopercibido, pueden reproducir principios de la masculinidad hegemónica.

Los feminismos negros y chicanos, poniendo el foco en el racismo, han sido pioneros en desencializar y reivindicar la posibilidad de que existan otras identidades, más allá de las masculinas, que generen opresiones. Aída Hurtado y Mrinal Sinha (2016) consideran que la masculinidad puede ser habitada por cualquier persona y no es un atributo inherente de los varones. Las autoras marcan una distancia entre masculinidad y machismo. Postulan, desde una visión interseccional, feminista y chicana, que el feminismo invita a la concientización y nos hace cuestionar sobre la opresión y las violencias en distintos órdenes de la vida social, lo cual puede ser liberador no sólo para los movimientos de mujeres, sino también para los varones.

Por último, en relación con la premisa teórica de que la masculinidad hoy está en crisis, John Beynon (2002) es crítico sobre este imaginario tan fuertemente instalado en la sociedad y en la academia. El autor explica que a lo largo de la historia han existido variaciones en la

masculinidad. Desde la década de 1990, para Beynon, las modificaciones que impactan directamente en ésta se vinculan, entre otras cuestiones, al aumento del desempleo, de los divorcios y al avance de los movimientos LGBT y feministas que posibilitan una mayor apertura sexual y tener identidades más andróginas. Este contexto ha ido habilitando la existencia de masculinidades heterosexuales más dialógicas y que se relacionan de manera más igualitaria con las mujeres, sin que esto implique una crisis fundante de las mismas. Consideramos, en línea con el autor, que las masculinidades cis heterosexuales juveniles de sectores medios urbanos se adecúan, en lo relativo a las premisas feministas de no violencia y mayor igualdad entre los géneros, de manera ambivalente y en constante cambio.

Una lectura que enriquece esta perspectiva de la ambivalencia, y que desarrollamos en este artículo, es la de masculinidades híbridas (Azpiazu, 2017; Bridges y Pascoe, 2014), la cual estipula que las formas de masculinidad que ejercen hegemonía no son necesariamente nuevas o antiguas, sino que producen espacios híbridos. Son masculinidades que se adaptan y son capaces de reconocer las ventajas de incorporar algunos elementos de las masculinidades históricamente no hegemónicas y de las feminidades en pos de restituir sus posiciones en un sistema de género cambiante, en el cual ciertos idearios conservadores ya no son fáciles de defender (Azpiazu, 2017). Hay que considerar que la masculinidad está hoy en una crisis total, no toma en cuenta que ésta se redefine y renegocia constantemente. Ramírez Sánchez; Gutiérrez Ramírez, y Valladares Sánchez (2014) categorizan a este proceso desde la noción de conciencia contradictoria desarrollada por Gramsci, la cual refiere a la fusión de la conciencia transformadora —que se desarrolla en el transcurso de la transformación del mundo— con la heredada del pasado. En términos de Sanfélix Albeda (2011) podemos establecer que las masculinidades juveniles se encuentran en una encrucijada entre ambos binomios transformación/herencia. En consonancia, García Villanueva (2016) examina a las masculinidades juveniles desde su carácter paradojal y oscilatorio entre mayor apertura y perpetuación de mandatos. Por su parte, Lynne Segal (2007) postula que no todas las masculinidades cuestionan sus prácticas ni han quedado por fuera del mercado de trabajo. Beynon (2002) llama

la atención sobre el *backlash* masculino ante el avance de los feminismos que tiene efectos concretos de restablecimiento del sistema patriarcal y de violencia contra las mujeres.

Conclusiones

En este artículo nos propusimos problematizar la relación entre feminismos, en específico la demanda de no violencia contra las mujeres cis, y las masculinidades de jóvenes mexicanos estudiantes universitarios de sectores medios y medios bajos. Los feminismos, desde el hartazgo, han puesto en el tapete al acoso sexual que viven las mujeres diariamente. Esta emoción genera, de manera paulatina, nuevos modos de adecuación masculina sobre lo decible y actuable respecto a las mujeres, pero también entre ellos mismos. En este artículo describimos y analizamos las posturas pendulares —de aceptación y rechazo— que adoptan los varones ante el activismo de las jóvenes mexicanas, quienes a partir de prácticas estéticas como la diamantina púrpura, el debate, las denuncias y las roturas en la vía pública, dicen basta a la violencia.

Si bien por parte de los varones lo que más sobresale es la deslegitimación de la radicalidad de los métodos de protesta del feminismo, también aparece en ellos una toma de conciencia sobre las violencias que viven sus vínculos femeninos más cercanos —amigas, parejas, hermanas—. En la noción de masculinidades pendulares que proponemos en este artículo entendemos que el mismo varón que puede perpetrar violencias o rechazar al feminismo es plausible que intervenga cuidando a sus compañeras. A la vez que existen jóvenes que, aunque no se definen como feministas, devienen aliados y acompañan al movimiento. Ellos piensan su propia construcción de masculinidad de manera reflexiva y cuestionan, de manera incipiente, las prácticas y el desinterés de sus pares respecto a la violencia contra las mujeres, lo cual puede tener costos en su sociabilidad con amigos y compañeros. Una pregunta aparte que queda por indagar, en mayor profundidad, es cuánto los feminismos habilitan un diálogo con las masculinidades y cuánto es el compromiso real que los varones quieran adoptar para cuestionar su complicidad frente a la masculinidad hegemónica.

El silencio y la palabra fueron dos puntos nodales en este trabajo. ¿Tienen derecho a la ternura los varones? Podemos afirmar que aún hoy, donde se presupone un cambio fundante de las masculinidades, el hecho de *mostrarse tal cual* son, como refería un entrevistado, se da con matices y resistencias. A la vez que observamos que los varones carecen de distintos canales afectivos e institucionales para que esto tenga lugar. Se sigue reproduciendo un modelo donde son las mujeres, en específico sus novias, el mayor sustento ante lo frágil de su masculinidad.

Por último, creemos en el poder de la palabra como un medio de generación de masculinidades menos cómplices, idea que pusimos a jugar en nuestra metodología. Escuchar y escucharse les sirvió a estos jóvenes como espejo para observar que mucho de lo que les sucedía también les pasaba a sus pares y así abonar, aunque sea mínimamente, en la fisura del pacto de silencio masculino.

Referencias bibliográficas

Aguayo, F., y Nascimento, M. (2016). Dos décadas de estudios de hombres y masculinidades en América Latina: avances y desafíos. En: *Sexualidad, Salud y Sociedad, 2*, pp. 207-220.

Auge, M. (2002). *Los no Lugares. Espacios del Anonimato.* Barcelona, España: Gedisa.

Azpiazu, J. (2017). *Masculinidades y feminismos*. Barcelona, España: Virus Editorial.

Barker, G.; Aguayo, F., y Correa, P. (2013). *Comprendiendo el ejercicio de violencia de los hombres hacia las mujeres. Algunos resultados de la encuesta IMAGES (The International Men and Gender Equality Survey) en Brasil, Chile y México*. Río de Janeiro, Brasil: Instituto Promundo.

Beynon, J. (2002). *Masculinities and Culture*. London, England: Open University Press.

Bonino, L. (1995). Develando los micromachismos en la vida conyugal. En: J. Corsi (ed.), *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención* (pp.191-208). Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Bott, S.; Guedes, A.; Goodwin, M., y Adams, J. (2012). *Violence Against Women in Latin America and the Caribbean: A comparative analysis of population- -based data from 12 countries.* Washington, DC: Pan American Health Organization.

Bridges, T., y Pascoe, C. J. (2014). Hybrid masculinities: new directions in the sociology of men and masculinities. En: *Sociology Compass, 8*, pp. 246-258.

Castro, L.; García, C. H.; Acevedo, J., y Garza, R. (2018). Masculinidad juvenil, elementos socioculturales y disposición a la delincuencia de jóvenes mexicanos.

En: *Acta de investigación psicológica, 8*(3), pp.76-86. https://doi.org/10.22201/fpsi.20074719e.2018.3.08

Connell, R. (2003). *Masculinidades.* Ciudad de México: PUEG.

Cruz, S. (2006). Cuerpo, masculinidad y jóvenes. *Iberóforum. Revista de Ciencias Sociales de las Universidad Iberoamericana, 1*, pp. 1-9.

Díaz, J. J. (2016). El Don Juan de Unamuno como crítica de la masculinidad en el primer tercio del siglo XX. En: N. Aresti; N. Peters y J. Brühne (eds.), *¿La España Invertebrada? Masculinidad y nación a comienzo del siglo XX* (pp. 13-28). Granada, España: Comares.

Elias, N. (1989). *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: FCE.

Fabbri, L. (2016). Colectivos de hombres y feminismos. Aportes, tensiones y desafíos desde (y para) la praxis. En: *Sexualidad, salud y sociedad, 22*, pp. 355-368.

Faur, E. (2004). *Masculinidades y desarrollo social. Las relaciones de género desde la perspectiva de los hombres*. Bogotá, Colombia: Unicef-Arango Editores.

FES Iztacala (2019). *3er Informe de actividades Dra. Patricia D. Dávila Aranda FES Iztacala 2016-2020.* Iztacala, México: UNAM.

García, J. (2016). *La identidad masculina en los jóvenes: una mirada*. México: Universidad Pedagógica Nacional.

García, J.; Callejo, J., y López, I. (2010). Una mirada a la construcción de la identidad masculina en hombres jóvenes de la Ciudad de México. En: *Cuadernos Interculturales, 8* (14), 197-225.

García, J.; Barajas, J., y Hernández, I. (2016). Voces y miradas interpretativas. ¿Cómo se concibe la homosexualidad desde la juventud? En: *Cuaderno de Investigación en la Educación*, 31, pp. 32-55.

García, A., y Sabido, O. (2014). *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. Algunas rutas del amor y la experiencia sensible en ciencias sociales*. Ciudad de México: UAM- Azcapotzalco.

Garda, R., y Huerta, F. (2007). *Estudios sobre la Violencia Masculina*. México, DF: Hombres por la Equidad AC.

Hurtado A., y Mrinal, S. (2016). *Beyond Machismo. Intersectional Latino Masculinities*. Texas, EE. UU.: University of Texas Press.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2019). *Estadísticas a propósito del Día Internacional de la Eliminación de la violencia contra la mujer (25 de noviembre). Datos nacionales*. México: INEGI.

Johnson, A. (2005). *The Gender Knot*. Philadelphia, EE.UU.: Temple University Press.

López, O. (2017). De la evolución del cuerpo y las emociones, a la valorización de las emociones como sustrato cultural. En: L. González y A. Barragán (eds.), *Antropología física: disciplina bio-psico-social* (pp. 299-322). México: ENAH.

López, O., y López, G. (2017). Redes de periodistas para vencer el miedo: comunidades emocionales ante la violencia de Estado. El caso de México. En: *Revista de Estudios Sociales*, *62*, pp. 54-66.

Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En*:* T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis* (pp. 49-63). Santiago de Chile: Ediciones de las Mujeres, Isis Internacional.

Mardones, K. (2019). ¿Deconstrucción o destrucción de los hombres y la masculinidad? Discursos de reordenamientos de género. En: *Debate Feminista, 58*, pp. 98-122.

Nauhardt, M. (1997). Construcciones y representaciones: el péndulo social en la construcción social de la juventud. En: *Jóvenes,* 3, pp. 36-47.

Núñez, G. (2016). Los estudios de género de los hombres y las masculinidades: ¿qué son y qué estudian? En: *Culturales, 4* (1), pp. 9-31.

Molina, C. (1994). *Dialéctica feminista de la Ilustración.* Barcelona, España: Anthropos.

Moreno, H, y Mingo, A. (2019). Temor, desprecio y deseo como figuras del sexismo en la universidad. En: *Nómadas, 51*, pp. 13-29.

Observatorio Nacional Ciudadano Seguridad, Justicia y Legalidad (2019). *Reporte Sobre Delitos de Alto Impacto. Abril 2019*. México: Observatorio Nacional Ciudadano Seguridad, Justicia y Legalidad.

Palumbo, M. (2017). Experiencias de amor y violencia en los primeros noviazgos juveniles. En: *Estudios Feministas, 25*, pp. 1329-1345.

Palumbo, M.; López, B., y Pagnone, M. (2020). Un análisis sobre la seducción y el acoso en la universidad (San Martín, Argentina). En: *Revista Punto Género, 12,* pp. 48-72.

Ramírez, D.; Gutiérrez, S., y Valladares, C. (2014). Masculinidades juveniles en transición a través del preservativo: comparación entre dos contextos latinoamericanos. En: *Iztapalapa. Revista de ciencias sociales y humanidades*, *35*(77), pp. 97-127.

Sanfélix, J. (2011). Las nuevas masculinidades. Los hombres frente al cambio en las mujeres. En: *Prisma Social*, *7*, pp. 220-247

Soto, G. (2014). Semblanza histórica de asociaciones de hombres de habla hispana que abogan por la igualdad, resignifican lo masculino y luchan contra la violencia de género. En: *Prisma Social, 13*, pp. 944-959.

Segal, L. (2007). *Slow Motion. Changing Masculinities, Changing Men*. New York, EE.UU.: Palgrave Macmillan.

Thomas, C. (2002). Reenfleshing the Bright Boys; Or, How Male Bodies Matter to Feminist Theory. En: J. Kegan (ed.), *Masculinity Studies and Feminist Theory: New Directions* (pp. 61-87). New York, EE. UU: Columbia University Press.

Tong, R. (1989). *Feminist thought. A comprehensive introduction.* Boulder, EE.UU.: Westview Press.

Vasallo, B. (2018.). *Pensamiento monógamo. Terror Poliamoroso.* Madrid, España: La Oveja Negra.

Zapata, M. (2001). Género, feminismo y masculinidad en América Latina. En: S. Helfrich (coord.), *Más allá del machismo. La construcción de masculinidades* (pp. 225-247). El Salvador: Ediciones Heinrich Böll.

Sitio web

Kimmel, M. (2015). ¿Por qué la igualdad de género es buena para todos, incluso para los hombres? En *TEDWomen.* Consultado el 1 de marzo de 2020. Disponible en https://www.ted.com/talks/michael_kimmel_why_gender_equality_is_good_for_everyone_men_included/up-next?language=es.

Mariana Palumbo

Argentina. Doctora en ciencias sociales por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es becaria Posdoctoral Dirección General de Asuntos del Personal Académico DGAPA, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores FES Iztacala. Líneas de investigación: sexualidades y géneros, violencias, afectos, feminismos.
Correo electrónico: mrnpalumbo@gmail.com

Olivia López Sánchez

Mexicana. Profesora Titular "C" Tiempo Completo en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala-Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es doctora en antropología social por el CIESAS Unidad D.F. y posdoctorada en antropología social por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Líneas de investigación: historia y estudios culturales de las emociones y géneros.
Correo electrónico: olivalopez@unam.mx

Recepción: 28/07/20
Aprobado: 07/01/21



Entre mis huesos, bronce | de Ana María Vargas